

Poesía y verdad

Hugo Hiriart

Cómo leer y escribir poesía. Primeros pasos
Tusquets (Ensayo), México, 2003, 126 págs.

Arturo Cantú

El subtítulo del libro, "Primeros pasos", ya advierte sobre su naturaleza introductoria. Se trata de un texto para los no iniciados, escrito con el ánimo de hacerlos entender los rudimentos del arte poética, y acaso hasta ponerlos en camino de empezar a escribir poesía. Pero no es precisamente una introducción, a la manera de una "introducción a la filosofía", es más bien una invitación, una especie de invitación a bailar el baile de la poesía. Es amable con el lector, al persuadirlo de que no es tan difícil, y de que cualquiera puede, y para iniciarlo parte de lo más simple: los distintos significados de una misma palabra, los juegos verbales, las traducciones de versos sencillos, o no tanto, del inglés al español y del español al inglés. Porque también es un método para enseñar español a estudiantes de habla inglesa, o para que estos estudiantes practiquen el español aprendido en otros lugares (en otros cursos) aprendiendo aquí (en este curso) algo de poesía española. Desde lo más simple hasta donde pueda alcanzarse, a la manera de aquella introducción a la física de Einstein cuyo título imaginaba García Bacca: "La relatividad al alcance de todos... los que la alcancen". Como toda introducción presupone necesariamente una idea de la poesía, a la que se invita.

Una introducción a la poesía desde el punto de vista del positivismo decimonónico puede tener la ventaja, para los neófitos, de presentar en forma inteligible algo que desborda todas las maneras inteligibles de abordarlo. Desde esta perspectiva el pensamiento poético vendría a ser como un pensamiento racional más o menos infantil, una especie de balbuceo de la razón. Nada se pierde con dar los primeros pasos así, o de cualquier modo. Los niños, guiados por una certeza natural, desde que empiezan a hablar, empiezan también a jugar con el lenguaje. Ajenos por entero a todo método, como si desconfiaran de una razón que apenas vislumbran, desde el principio experimentan con el lenguaje, hablan un poco en poesía, balbucean entendimiento del mundo. Jugar con las palabras, tal como lo propone el libro de Hiriart, no tiene en sí nada de malo, es un poco hacer poesía: "El juego consiste en ligar palabras, emociones y cierta curiosidad en un solo ente verbal" (pág. 115).

Los poemas, según esta manera de ver, serían "artefactos verbales" que logran "dar expresión a las emociones, ideas y creencias del poeta". Emociones e ideas que "cristalizan en los versos" (pág. 26). Cuando leemos un poema, encontramos emociones e ideas "cristalizadas". Y para seguir adelante con esta poética, aunque Hiriart no llega tan lejos, los poemas serían ideas y emociones expresadas en una forma bella. "Expresadas en una forma bella" sería lo que Hiriart llama "cristalizadas". Un poco más adelante Hiriart utiliza la misma expresión: "El poeta cristaliza lo que transcurre en su

interior en el verso" (pág. 34). Tal vez, según se entienda, "cristalizar" podría ser más que "expresar bellamente", pero aunque significara más, "cristalizar ideas y emociones del poeta" es una idea de la poesía que la modernidad ha dejado atrás. Con razón o sin ella. González Martínez, entre nuestros poetas, pensaba como la introducción a la poesía de Hiriart. Creía, al publicar *Silenter* en 1909, que había encontrado al fin una manera de expresarse y con esa reflexión acaba su primer libro de memorias: "*Por primera vez me pareció oír en mis versos mi propia voz*" (el subrayado es de él).

Gorostiza, en 1955, opina todo lo contrario: "Me gusta pensar en la poesía no como un suceso que ocurre dentro del hombre y es inherente a él, a su naturaleza humana, sino más bien como en algo que tuviese una existencia propia en el mundo exterior [...] Para el poeta, la poesía existe por su sola virtud y está ahí, en todas partes, al alcance de todas las miradas que la quieren ver". Y un poco más adelante: "La poesía es una investigación de ciertas esencias". En el mismo texto Gorostiza enumera esas esencias: "El amor, la vida, la muerte, Dios". Para hacer una introducción a la poesía por el lado de Gorostiza, habría que empezar no por los juegos verbales, sino por la metafísica. El poema sería la expresión de esas "esencias" que están allí afuera, en el mundo, y el poeta tendría –al contrario de González Martínez– que desprenderse de su propio interior y de su propia voz, para encontrarlas y decirlas (en una especie de *epojé* fenomenológica). Entre menos poeta haya, habrá más poesía. El poeta

no intenta expresarse a sí mismo; intenta decir las cosas del mundo. Aunque los poemas pudieran estar escritos en primera persona del singular, “yo también hablo de la rosa”. El yo-poético que dice el poema no tiene nada que ver con el yo-personal que llora y sufre, sostiene el lápiz o la pluma frente al papel, o pulsa el teclado frente a la pantalla. “Serenidad en medio de la catástrofe”, decía Van Gogh haciendo, a su manera, abstracción de sí mismo.

Pero cada cabeza es un mundo. Se puede empezar, legítimamente, por las rondas infantiles, y en la adolescencia, por los poemas de Bécquer o de Amado Nervo, o se puede jugar a escribir cosas ingeniosas, aunque la poesía sea más (y menos) que eso (u otra cosa). El libro de Hiriart tiene el mérito de estar al alcance de cualquiera, avanza poco a poco desde lo más sencillo, y a veces, cuando no trata de explicar lo que es poesía, dice cosas iluminadoras. Es mejor cuando critica los poemas que va construyendo ficticiamente, para dar ejemplo de cómo se escribe, que cuando intenta decir lo que es poesía. Uno se queda esperando que al final, en la última página del libro, diga algo así como: “Todo lo anterior es falso, es una forma inicial (y espuria) de aproximarse a la poesía, la poesía es otra cosa”. Pero no lo dice.

También da la impresión de que el autor no tiene demasiado respeto por los “artefactos verbales” de los poetas. Como si, por tratarse de la materia del juego, diera más o menos igual una expresión que otra. Al citar el celeberrimo poema de Bécquer, “volverán las oscuras golondrinas / en tu balcón sus nidos a colgar...”, Hiriart inventa un segundo verso desmañado: “De tus balcones sus nidos a colgar” (pág. 94). Cambia el “en” por un “de” y transforma el endecasílabo agudo con acento en la sexta en una deslavada reunión de un

pentasílabo y un heptasílabo: 12 sílabas que se arrastran desguanzadamente hasta su final. Lo peor de todo es que dedica un párrafo a explicar el intríngulis de la construcción de este verso que Bécquer no escribió.

De igual forma analiza un verso de *Muerte sin fin* que no existe. Cita Hiriart: “El Ulises, salmón de los regresos”. El verso real dice: “y el ulises salmón de los regresos”. En el verso de Hiriart uno tendría que entender algo así como “el Ulises, que es un salmón de los regresos”. Aunque el verso de Gorostiza no dice en absoluto eso. En esa parte del poema Gorostiza está haciendo una enumeración de los animales (y de los vegetales y de los minerales) mientras desfilan todos hacia su desaparición definitiva, y para acompañarlos los humaniza calificándolos como personajes reales o literarios, dioses, o periodos históricos: “el cordero Luis XV”, “el delfín apolíneo”, “el león babilónico”, “el ulises salmón”; o dándoles atributos humanos: “el anciano roble heroico”, “el álamo temblón de encanecida barba”, “el diamante iracundo”, “el oro prisionero”. Hiriart, que seguramente está citando e interpretando de memoria, y quiere animar a los estudiantes a escribir poesía, dice: “Ya tenemos a Ulises, el salmón; ahora ¿con qué animal compararías tú a Aquiles? Escribe tu verso...” (pág. 24). Pero Gorostiza no está comparando a Ulises con el salmón: “Ulises es como un salmón”; sino al salmón con Ulises: “el salmón es como un Ulises”. Al dar al nombre propio Ulises la función de adjetivo, pierde la mayúscula, por eso es “el ulises salmón de los regresos”. El verso significa “el salmón ulises”, calificándolo, como si dijera, por ejemplo, con otro calificativo, “el salmón rojo”. La pregunta correcta no es “¿con qué animal compararías tú a Aquiles?”, sino “¿con qué personaje, dios o periodo histórico compararías tú a la tortuga?” ❧

Obras 5 (Primera parte)

Luis González y González, El Colegio Nacional, México, 2002, 862 págs.

Dice Don Luis González y González, en el prólogo a esta edición que El Colegio Nacional nos ofrece, fechado en 1997: “Va para 500 años que la palabra querencia se usa como equivalente de inclinación a volver al sitio donde uno se ha criado. Del mismo término nos servimos para designar la tierra de donde se procede. En las dos acepciones, la querencia es la zona occidental de México, una de las ocho provincias mayores de este país a la que he dedicado nueve volúmenes: *Pueblo en vilo* (1968), *La tierra donde estamos* (1971), *Zamora* (1979), *Sabuayo* (1979), *Michoacán* (1980), *La Querencia* (1982), *Michoacán. Muestrario de México* (1991), *La vuelta a Michoacán en 500 libros* (1994) y *Michoacán a la mesa* (1996).”

Treinta años antes, en el prólogo a *Pueblo en vilo*, Don Luis justificó esta “querencia”, bajo el siguiente argumento: “Decir que no hay materia para la historiografía local no pasa de ser una pedantería urbana o, si se quiere, académica. No es de tomarse en serio el dicho de que en las comunidades pequeñas y un tanto aisladas ‘nada ha cambiado desde Hesíodo’. Vista de lejos, la existencia en una aldea se presenta puramente rutinaria; vista desde un mirador intermedio, quizá parezca lenta; mirada desde dentro es tan mudable como el vivir regional, nacional o mundial. Que esa historización es posible lo demuestran los miles de historiadores locales que la han emprendido”.

